

go. Solamente la muerte nos obliga á confesar cuán poco es el hombre.—¿En qué estado volvió de Salamina, obligado á abandonarla, aquel bárbaro que habia encadenado á Neptuno? Con un solo barco, á través de olas ensangrentadas y detenido por los cadáveres amontonados de sus soldados. ¡Así es como generalmente castiga la gloria á sus adoradores!» (1).

Juvenal es el primer poeta romano que protesta contra la gloria de las armas. Hay todavía un sentimiento más profundo en sus versos: parece oírse un eco de la voz que canta: «todo es vanidad.» Es la voz del espiritualismo que reprueba todos los esfuerzos de la ambición. Hay una parte verdadera en este grito de desesperación arrancado al hombre abatido y desengañado. Pero guardémonos de dejarnos llevar al desaliento y á la inacción, consecuencia inevitable de la creencia de que todo es vanidad. Más verdad sería el decir que nada es vano en los trabajos serios del hombre: ¿qué importa que fracase ó que consiga el objeto inmediato de sus deseos? Obrando según las inspiraciones de su genio, llena su misión; y cuando el sentimiento que le hace obrar es verdadero, no trabaja en vano, aún cuando sucumba. Aníbal es tan grande después de la derrota de Zama, como después de la victoria de Cannas. Aun vencido, será siempre la admiración de la posteridad, como defensor de las nacionalidades contra la ambición absorbente de Roma: aquella causa no pereció jamás, aún cuando perezcan sus defensores. ¿Quién dirá que la corta, pero gloriosa, carrera de Alejandro no ha sido más que vanidad? El Oriente, abierto al helénismo, la unidad del género humano preparada, ¿son cosas vanas porque el que las llevó á cabo haya muerto al principio de su brillante carrera? Las mismas conquistas de los Bárbaros, aún cuando en ellas domina la fuerza bruta, tienen su razón de ser. Dejemos, pues, de rebajar al hombre, diciéndole que todo es vanidad. Para que este axioma del espiritualismo no sea una vana declamación, es preciso entenderlo en este sentido, que el hombre no debe obrar inspirado por su egoísmo, que debe consagrarse á los intereses generales de la patria y de la humanidad.

Preferimos á los ataques de Juvenal contra la vanidad de la glo-

(1) SAT. X, 133-141, 147-187.

ria, la sátira en que el poeta deja por un instante el tono áspero del censor para celebrar la compasión; de aquí se eleva á la idea de la sociabilidad, y censura á los hombres por turbar al mundo con la muerte y con la guerra: «La naturaleza, al darnos las lágrimas atestigua que nos ha dotado de un corazón benigno; esta sensibilidad es la mejor parte de nuestro ser.... ¿Qué hombre de bien puede creerse extraño á los males de otro? La piedad es la que nos distingue de los infinitos animales; el autor común de las cosas no les concedió más que la vida; á nosotros nos dió además un alma, para que un mutuo afecto nos hiciese buscar alternativamente y prestar un apoyo y nos reuniese después de largo tiempo de dispersión en un sólo pueblo.... Hoy reina más armonía entre las serpientes. La fiera reconoce y no ataca su especie. ¿Cuándo se ha visto al león más fuerte destrozar á otro león? Pues aún es poco para el hombre el haber fabricado, sobre un yunque sacrilego, el hierro homicida; vemos pueblos que consideran un corazón, los brazos, una cabeza, como otros tantos alimentos» (1). Juvenal llena aquí la verdadera misión del poeta satírico; no se limita á censurar los vicios de los hombres; encuentra dulces acentos para pintar los buenos sentimientos y para llamar al género humano á su naturaleza celestial.

§ VI.—Los poetas epicúreos y eróticos.

N.º 1.—Lucrecio.

Aun cuando la doctrina de Epicuro no sea una enseñanza del materialismo, como en general se cree, hay que confesar que apenas se presta á sentimientos generosos. Lucrecio hace, como Virgilio, votos por la paz, pero la desea ménos en interés de la humanidad que por gozar de la tranquilidad que exigen los trabajos poéticos. Oigamos la bella súplica que dirige á Vénus: «Haz

(1) SAT., XV, V, 131-171. Juvenal refiere un horroroso ejemplo de antropofagia de que fué testigo en Egipto (V, 33.—128 de la misma *Sátira*).

que sobre los mares y sobre toda la tierra se aduerman y reposen los rudos trabajos de las armas. Tú sola puedes asegurar una tranquila paz á los mortales: porque los rudos trabajos de la guerra están bajo la ley de Marte omnipotente, que muchas veces se arroja en su seno, como vencido por la herida de un inmortal amor, y, dirigidos los ojos hácia tí, la cabeza lánguidamente caída hácia atrás, bebe el amor con ávidas miradas, aspirando hácia tí, ¡oh diosa! y suspensa el alma de tus labios. Pero tú, ¡oh diosa! mientras reposa sobre tus sagrados miembros, abrázale, prodígale de tu boca dulces palabras, y pide para los Romanos la felicidad de la paz. Porque, mientras duran los males de la patria, no podemos terminar nuestra obra con bastante libertad de espíritu» (1).

Sea cualquiera la feliz inconsecuencia de los hombres, las falsas doctrinas ejercen siempre una funesta influencia, áun sobre los mejores espíritus. Esto se ve por la comparacion de Lucrecio y de Séneca. Los dos poetas predicen la destruccion del universo; pero más allá de las ruinas del mundo presente, el poeta estoico entrevé una edad mejor, al paso que el intérprete de Epicuro no ve más que el no sér (2). Sin embargo, la oposicion de la doctrina epicúrea contra el paganismo inspira á Lucrecio sentimientos de humanidad; acusa á la supersticion de haber producido acciones criminales y sacrílegas; describe en versos admirables el sacrificio de Ifigenia, y acaba por estas palabras que han llegado á hacerse célebres:

«¡ Ha podido la religion inspirar tanta barbarie á los hombres!» (3).

Así, pues, los sistemas más opuestos contribuian á suavizar las costumbres. El epicureismo invadió la sociedad romana; la decadencia de la religion pagana, el lujo y la corrupcion, fruto del pillaje del mundo, llevaron á los Romanos hácia una filosofia que libraba á sus adeptos del imperio de las supersticiones, y satisfacía su gusto por la ociosidad y los goces. Verdad es que los poetas del Imperio rechazaron la parte austera del sistema de Epicuro, de

(1) LUCRET., *De Rer. Nat.*, I, 30-43; traduccion de VILLEMAIN, Pindaro, p. 323.

(2) *IBID.*, II, 1150-1175; V, 98-107.

(3) *IBID.*, I, 81-102.

quien Lucrecio se había hecho el intérprete; pero áun cantando los placeres, hallaron todavía algunos puros acentos para celebrar la humanidad, la caridad y la paz. *Ovidio* es el representante de esta nueva direccion de los espíritus, juntamente afeminada y humana.

N.º 2. — *Ovidio*.

Ovidio es un partidario decidido de la paz; nos complacemos en creer que el amor á la humanidad es quien le ha inspirado estos sentimientos. No carecia de caridad; así lo atestiguan estas bellas palabras: «No hay para el hombre placer mayor que el de salvar á sus semejantes» (1). El poeta invoca la paz principalmente en beneficio de los labradores. La guerra había devastado á la Italia; solamente la paz podía hacer volver á florecer sus desiertos campos: «Céres ama la paz; haced votos, ¡oh labradores! por conservar siempre el jefe que os gobierna y la paz de que gozais..... Ojalá en lo sucesivo no se vean brillar más que los escardillos, las duras azadas y la encorvada reja del arado, que son la riqueza de los campos! Ojalá las armas se vean cubiertas de mocho, y la espada, pegada á la vaina por largos años de paz, se resista á los esfuerzos del que quisiere sacarla.» *Ovidio*, lo mismo que *Virgilio*, ve en los emperadores la garantía de la paz. Espera que el templo de Jano permanezca cerrado por largo tiempo, gracias al temido nombre de los Césares; dirige su súplica al dios de dos caras por la continuacion de este beneficio y la salud de los príncipes á quienes se debe: «Vén, ¡oh Paz! adornada la frente con los laureles de Accio, y sujeta al universo entero bajo tu pacífico imperio! Falten los enemigos, y no haya ya motivo para triunfar: tú, bajo nuestros jefes, serás una gloria más grande que la de la guerra» (2).

La verdadera paz supone el respeto de las nacionalidades, la armonía de los pueblos. Estas ideas eran extrañas á la antigüedad.

(1) *OVID.*, *Pont.*, II, 9, 39 y 40.

(2) *IBID.*, *Fast.*, IV, 407 y sig., 297 y sig.; I, 282-288, 596 y sig.

Ovidio, al mismo tiempo que hace votos por la paz, profesa un patriotismo exagerado y casi insultante: «Hay fundada una ciudad que debe un día poner un pié vencedor sobre el universo. ¡Oh, Roma, gobierna el mundo! ¡Domina, con cabeza erguida á todas las naciones; que ninguna de ellas se atreva ni aún á elevarse hasta la altura de tus hombros» (1)! No seamos demasiado severos con el cantor de los Amores. Su patriotismo orgulloso es casi una virtud, si le comparamos con el abandono de la cosa pública que siguió. La paz, objeto de tantos deseos, no estaba hecha para el pueblo de Rómulo; *Tácito* la llama una cobarde inacción (2). El amigo de Ovidio y de Horacio, *Tíbulo*, fué el precursor de aquella decadencia de los espíritus.

N.º 3.—*Tíbulo*.

Tíbulo persiguió á la guerra con sus maldiciones, y, cosa notable, la maldijo siempre, por el motivo de que siempre nace del deseo del lucro. Oigamos al poeta romano, interpretado por *Lebrun*: «¡Perezca el inventor de la mortífera espada! Aquel bárbaro tenía sin duda el corazón de acero: forjó el instrumento de los combates homicidas, abrió á la muerte más rápidos caminos.... ¿Qué digo? ¿su intención era armarnos de una espada protectora para destruir los tigres y los leones! el oro tuvo la culpa de todo: el oro produjo la guerra» (3). No es exagerada la acusación; la avaricia es un rasgo dominante en el carácter de los Romanos; *Petronio* los censura abiertamente por haber tratado como enemigos á los pueblos que poseían el oro (4).

Las guerras de rapiña no podían tener atractivo alguno para

(1) OVID., *Fast.*, IV, 857 y sig.

(2) TACIT., *Ann.*, XIV, 39.

(3) TIBULL., *Eleg.* I, 10, 1-7.—Compárese *Eleg.* II, 3, 37-40: «Este siglo de hierro no ama á *Vénus*, sino á la rapiña, que, sin embargo, es origen de muchos males. Ella es quien arma á los ejércitos rivales de la inhumana espada; de aquí la sangre, la carnicería y la muerte.»

(4) PETRON., *Satyr.*, c. 119; v, 5 y sig.:

*Si qua foret tellus, quæ fulvum mitteret aurum,
Hostis erat.*

un poeta. Pero preciso es confesar que no son sentimientos nobles los que hacen á *Tíbulo* maldecir los combates; prefiere *Vénus* á *Marte* (1). Una grave acusación pesa sobre su memoria. Su protector *Messala* le había arrancado de la soledad, de sus pasatiempos, del amor; el poeta debía seguir á su antiguo general al Asia, cuando, estando á punto de embarcarse, cayó enfermo. Se ha dicho que toda su enfermedad no fué más que miedo. Difícil es resolver la cuestión; nos limitaremos á citar algunos pasajes de la elegía que compuso á su partida de Roma: caracteriza á toda una generación que va á abandonar los campos por una vida de molición y de desenfreno (2). «No había guerra cuando cada cual se contentaba en su mesa con una copa de haya. No había fortalezas ni murallas: el pastor dormía tranquilamente entre sus ovejas. ¡Por qué no habré yo nacido en aquella edad! No hubiera visto esas luchas sangrientas, tras de las cuales corre el vulgo, ni el sonido de la trompeta hubiera estremecido mi corazón. Ahora me arrastran á los combates, y acaso algún enemigo lleva ya en su mano el arma que ha de herir mi pecho. ¿Qué furor es éste que hace correr á los campos de batalla á buscar una muerte cruel? Siempre amenazadora, avanza á pasos furtivos y silenciosos. No hay en el Imperio subterráneo ni mieses ni ricas viñas.»

Hemos dicho muchas veces que la paz no es un ideal al cual se deba sacrificarlo todo, hasta los derechos más sagrados del hombre. Diríase que la Providencia ha querido dar á la humanidad el espectáculo de la paz del Imperio para ponerla en guardia contra la seducción que ejercen los intereses materiales sobre los espíritus en las épocas de decadencia moral. La paz á toda costa tiene sus partidarios en el siglo XIX; los hombres que se hacen intérpretes de estos sentimientos olvidan que los intereses deben callar allí donde hablan el derecho y el honor; sino las sociedades se desmoralizan, y refiriéndolo todo al bienestar material pierden en la corrupción la dignidad, sin la que no tiene valor alguno la vida. Aquí, como siempre, el verdadero interés está conforme con el deber moral. Los Romanos del Imperio eran de la opinión de *Tíbulo*.

(1) TIBULL., *Eleg.* I, 2, 67-73.

(2) IBID., *Eleg.* I, 10.

lo; hallaban que era preciso haber perdido la razón para preferir las fatigas y los peligros de la guerra á los dulces ocios de la paz. No veían, de tal modo los cegaban los gozos materiales, que los Bárbaros se aproximaban á las fronteras; ¿qué digo? les pareció sin duda que los Bárbaros tardaban demasiado, y los llamaron para llenar los vacíos de las legiones, hasta que llegó el día en que los hombres del Norte ocuparon el lugar de los cobardes Romanos. Habían consultado tan bien sus intereses, que su vida y su fortuna estuvieron á merced de los conquistadores del Imperio. Cuando un pueblo no es ya digno de vivir, Dios envía ministros de su justicia para acabar con aquellos cadáveres vivos.

§ VII.—Los poetas de la decadencia.

Las guerras púnicas, cantadas por *Silio Itálico*, ofrecían al poeta panegirista de la antigua Roma un ejemplo de moderación en la victoria, rara en el pueblo rey. Marcelo tomó á Siracusa y la perdonó. Silio celebra la generosidad del vencedor como un testimonio de las costumbres antiguas, y la presenta frente al furor devastador de su siglo: «Desde lo alto de los muros Marcelo contempla aquella ciudad que tiembla al ruido de las trompetas. Conoce que le basta mover la cabeza para conservar intacta aquella estancia de los reyes, ó para que el sol naciente no volviese á ver sus murallas. Se lamentó del derecho excesivo de la victoria, y horrorizado ante el pensamiento de su omnipotencia se apresuró á calmar el furor del soldado, mandando que se dejasen las casas y que se respetasen los templos.... Así es que se ocupa en salvar á los vencidos en lugar de recoger el botín; la Victoria, contenta de sí misma, aplaudió con sus alas, puras de toda sangre. Marcelo, á imitación de los dioses, fundó á Siracusa conservándola. Hoy está en pie, y permanecerá en pie hasta los siglos más remotos, como un monumento de las costumbres antiguas de nuestros generales. ¡Dichosos los pueblos, si la paz que les damos defiende hoy sus ciudades, como la guerra las defendía en otros tiempos! Si el príncipe, con cuyos cuidados se acababa de pacificar el universo, no re-

primiese por todas partes el furor devastador de los hombres, la ávida rapiña hubiera ya agotado la tierra y los mares» (1).

Así, la paz que Virgilio y Ovidio habían cantado, la paz que los emperadores debían asegurar al mundo, era más mortífera que las guerras de la República! El poeta queda reducido á elevar hasta los cielos la clemencia de un vencedor que deja en pie una ciudad que ha saqueado; ¡halla admirable aquella clemencia, comparándola con los furiosos de la paz de su tiempo! ¡Y el príncipe á quien atribuye la gloria de poner un freno á estos furiosos es Domiciano! El fondo del pensamiento del poeta es verdadero: la paz del despotismo es una falsa paz, oculta la más funesta de las guerras, puesto que en el fondo es el reinado de la fuerza en toda su brutalidad. La paz no es, pues, por sí misma un beneficio; es menester ver cuáles son los sentimientos, las ideas, los intereses que la inspiran. Cuando es impuesta por el despotismo vicia hasta los bienes materiales que procura. No hacemos al cantor de las guerras púnicas la injuria de suponer que pedía para los pueblos la tranquilidad de que gozan los rebaños. Si canta los beneficios de la paz, es por oposición á los horrores de la guerra que describe, una de las más sangrientas de la antigüedad. El heroísmo de los Escipiones y de los Marcelos no le ilusiona: la paz, dice, es superior á todos los triunfos (2).

Los poetas de la decadencia son una pálida copia del siglo de Augusto. Virgilio había predicho una edad de oro. *Calpurnio*, autor del siglo III, cuyas églogas prefería Fontenelle á las de Virgilio, canta igualmente «la edad de oro, el dios que gobierna al Imperio romano, y la paz que hace reinar consigo» (3). Virgilio podía creer en la paz y, con la exageración del lenguaje pagano, llamar á Augusto un dios: pero tres siglos más tarde, cuando el mundo había sufrido ya la insensata ferocidad de los Calígulas, de los Nerones, de los Caracallas, era imposible ver en los emperadores los conservadores de la paz; y cuando ya los Bárbaros

(1) SIL. ITAL., lib. XIV, *fine*.

(2)

*Pax optima rerum,
Quas homini novisse datum est: pax una triumphis
Innumeris potior.*

(Lib. XI, *fine*.)

(3) CALPURN., *Eglog.*, IV, 6-8; I, 42-65.

amenazaban á Roma, ¿quién hubiera podido soñar con una edad de oro? No olvidemos, sin embargo, que los versificadores del imperio han expresado sentimientos pacíficos. El mundo antiguo, invocando la paz en vísperas de la invasión de los terribles Bárbaros, se parece al cisne, cuyos cantos anuncian su muerte. Pero el porvenir recogerá aquellas palabras supremas: en las aspiraciones no interrumpidas de los poetas verá la señal de una necesidad de la humanidad; con ellas mantendrá la esperanza de que esta paz tan deseada se realizará algún día.

Bien pronto la Italia, aniquilada, no produjo ya poetas: los escasos autores de los siglos IV y V nacieron en las provincias. El Galo *Rutilio* celebró la grandeza y los beneficios del imperio romano. A darle crédito Roma llegó al colmo del poder por medio de guerras justas y por su generosidad después de la victoria. El poeta, descendiente de una raza vencida, olvida su origen, olvida que su patria había sido inundada de sangre por el afortunado conquistador, que, sin embargo, fué el más humano de los Romanos. *Rutilio* es más verídico y más profundo cuando canta la unidad del Imperio; las palabras que vamos á citar son dignas de figurar al lado de las de los grandes poetas que hemos transcrito: «Todas las naciones del universo no tienen ya más que una patria; es una felicidad para los injustos el haber sido conquistados por tí. Al conceder á los vencidos la comunidad de tus derechos, has convertido en una ciudad lo que ántes era el universo» (1).

(1) RUTIL., *Itinerar.*, v, 63-66.

CAPÍTULO III.

LOS HISTORIADORES Y LOS POLÍGRAFOS.

§ I.—Consideraciones generales.

Se ha hecho notar que los mejores emperadores, los Trajanos y los Marco Aurelios, persiguieron á los cristianos, mientras que los Domicianos y los Heliogábalos fueron tolerantes (1). Los primeros, animados del espíritu de la antigua Roma, querían conservar sus instituciones; los otros veían con indiferencia desplomarse el mundo antiguo. Una observación análoga puede hacerse acerca de los historiadores romanos. Los más grandes, *Salustio*, *Tito Livio*, *Tácito* se identifican con el pueblo rey; participan de sus pasiones y de sus preocupaciones. Los de un orden inferior, *Velleyo Paterculo*, *Floro*, los *polígrafos*, y aún los oscuros compiladores de la *Historia Augusta* tienen miras más extensas y sentimientos más imparciales. Los unos son los Romanos de la República, patriotas, pero egoístas é injustos. Los otros son los Romanos del Imperio; tienen algo del cosmopolitismo que en aquella época rompía los límites estrechos de la ciudad antigua.

Los escritores antiguos apenas conocían la imparcialidad histórica. El patriotismo exclusivo que reinaba en las costumbres anima también á los historiadores. En ningún pueblo ha sido más grande, á la vez que más injusto, el amor de la patria que entre los Romanos. Lo mismo sucede entre los autores latinos; patrio-

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 151.